

LOS SERENOS SE VAN...



Tipografía 250

LA prosa edilicia de un concejal, le ha presentado batalla en el Ayuntamiento, a la muy solariega y a la muy nocturna institución de los serenos. Fuerte raíz del coloniaje, aún prendida, con terrible contumacia, en nuestro suelo republicano.

Pero, hay en los serenos, algo de pintoresco y de picante, que los convierte de guardianes nocturnos, en ciudadanos de anacronismo y de contradicción.

Noche tras noche—ya muy tarde, un

gran silencio negro sobre la ciudad dormida—yo los encuentro en mi camino. Y siempre, mis ojos fatigados,—son las tres de la madrugada, señores; hay un inmenso hálito de sosiego errando a través del sueño capitalino—cuando tropiezan con la anatomía custodiana, se llenan de hambre, melancolía y piadosa.

¿Por qué he evocado ahora, olvidadas páginas de Maurice Barres, narradoras de su primera noche en Toledo, con un perfume atormentado



de vieja melopeya morisca, de lúgubres rondas inquisitoriales, de resplandores humosos de autos de fé?

¡Oh, sí! Un sereno galaico, vestido de dril a rayas, puede poner la imaginación bajo el encanto de la callejuela misteriosa, de ruinoso ciudad medioeval.

Todo degenera. El faro eléctrico repele negruras de misterio y tortuosidades de fantasía. La perspicacia edilicia de un concejal, ha visto en la continuidad estable de los serenotes, una evidente manifestación de subsistencia colonial.

No. Ya esos guardianes, no cargan sobre sus clavículas de Percebes y de Tras-os-Montes el acero agresivo de la lanza—quizá la misma que venció en Pavia, sujeta al guantelete de Pescara—ni llevan en la callosidad de sus manos, el anémico farol fúnebre; ni —¡oh, dolor de perdida música de cámara!—los serenotes guardianes, cantan horrendamente—baritonos nocturnos, bajos callejeros—las diez y media y sereno.

Todo eso se ha diluido en el fondo del pasado. Hoy, la tremenda lanza de Pavia, se ha tornado—rara metempsícosis del metal heróico—en la vulgar contundencia de la yaya bestial. La anémica luz del forolillo siniestro, se apagó súbitamente. Sólo ha quedado, como obstinada supervivencia étnica, la nacionalidad de los serenotes. Los guardianes nocturnos, han permanecido, con fidelidad suprema, arraigados a las cuatro provincias gallegas

INTERMEZZO

Juan Pérez, sereno de la calle de... tiene un alma suave y buena.

Son modestas las casas de su jurisdicción. Después de las diez de la noche, la cotidiana monotonía doméstica, comienza a poner ante las puertas, los envases metálicos de las basuras.

Hay un farol en la esquina. Aún el celo municipal—como en otras rías—no ha cambiado el antiguo farol que resopla su debilidad toda la noche,—amarilleces parpadeantes en la garita acristalada—por las blancuras ígneas de la luz de camiseta.

Y el buen guardián, gusta de la terna melancolía de esa luz flébil y desmayada.

A las doce de la noche, aun cruzan numerosos transeuntes. Y hay un otro—divertido, que rompe la monotonía del cruce ciudadano. Es el carro de la basura.

Y el buen guardián nocturno, ama esos hombres sucios, dedicados, en el silencio de la noche, a sus tristes menesteres.

Bajo su farol—casi Diógenes dentro de su tonel—este sereno, que alcanzó con la larga costumbre de su empleo, la ultrahumana serenidad piadosa: asiste, impávido y tranquilo—con la tranquila impavidez de las estrellas, de las estatuas, de los cajones de basura y de los serenotes municipales—a la faena, dura y terrible, de esos hombres.

Las dos de la madrugada. Hay una mudez negra, que se agarra al silencio hosco de la noche dormida, como un negro murciélago de maleficio.

Un transeunte retrasado, taconeando sobre las aceras. El quiere experimentar la fractura perenne de este silencio imponente. Y con la contera del bastón, golpea, monorítmicamente, en las losas. Hay, de repente, un brote alucinatorio. A cada galpe en el suelo, temblequea—con titilar tímido—la blancura de una estrella, en el cielo.

Pero, ahora, el silencio de la noche, se rompe en un gran trueno, en un estruendo fantástico.

El carro premioso de un lechero, que cruza, sobre el asfalto. El negro murciélago del hermetismo, se abre, en un grito lúgubre.

El silencio va enredándose, como invisibles marañas negras.

¿Y ahora? Es un tic-tac fatigoso, triste, imprevisto. Un obsesionante reloj de misterio... Huye la negra hosquedad del silencio.

Pasa una blanca figura... Unas botas con polaina, van rom-

